

Alcides Arguedas

LA MUERTE DE JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

(Fragmentos del libro inédito, «La Danza de las Sombras», apuntes sobre cosas, gentes y gentezuelas de la América Española).

HASTA ayer reposaba José Asunción Silva en el cementerio maldito de los suicidas. Y ayer, silenciosa y discretamente, fueron trasladados sus despojos al panteón de la familia en el cementerio general de los católicos, y allí los han juntado con los de su hermana Elvira para que, unidos, se conviertan en polvo y sustenten acaso mañana las raíces de un árbol.

Un afamado escritor sudamericano, nervioso, impresionable, y de pluma ágil y combativa, Rufino Blanco Fombona, escribió que José Asunción estuvo enamorado de su hermana Elvira con amor de pecado, y muchos creen que se mató el poeta por la desesperación que le produjo la muerte de Elvira.

Murió ella el 6 de enero de 1892 y los detalles de su muerte los tuve un día de labios del doctor Abadía Méndez, el primer magistrado de esta república letrada, en el Palacio de la Carrera.

Era el mes de diciembre de 1891 y Bogotá ardía

de ansiedad porque en su cielo manchado había aparecido un cometa intensamente luminoso, de cauda larga y bella. Se presentaba en todo su esplendor pasada media noche y la gente había de levantarse del lecho para contemplar el magnífico espectáculo celeste en el que muchos creían ver el augurio de sucesos memorables.

Elvira pernoctó una noche y cogió frío, pues era algo frágil. Se le declaró la pulmonía y hubo de guardar cama. Era una mujer supremamente bella y estaba enamorada de un primo suyo, varón arrogante, rico y de alta posición social.

Inútiles resultaron la asistencia de los médicos y los afanes de la familia. Cuando su madre vió que todo estaba perdido para la pobre doncella, quiso darle la última satisfacción y le preguntó con ese estilo bogotano, tan lleno de modismos curiosos y originales:

—¿Qué quieres? ¿Te «provoca» ver a Julio?...

La enferma dijo que sí, y el rostro de su galán fué acaso la última bella y consoladora visión que tuvo.

Murió Elvira el 6 de enero de 1892, a los 22 años de edad. Y la gente supersticiosa y agorera dijo que el cometa se la había llevado, celoso de su belleza...

«Silva cayó después de esa muerte, en la más negra melancolía; escribió algunos poemas apasionados e imprudentes... Poco después se suicidó...» escribe Fombona dando corta extensión de tiempo a su frase «poco después», siendo así que transcurrieron cuatro años largos entre la muerte de Elvira y el suicidio del poeta, tiempo suficiente para la cicatrización de toda herida.

Daniel Arias Argáez, uno de los íntimos del poeta, confesó hace poco a otro buen poeta, Roberto Liévano, que «en el amor de José Asunción para su hermana había un poco, y quizás un mucho, de delec-

tación estética, de admiración de poeta y de artista». Y agrega este detalle significativo:

«Cuando ella iba al teatro, a un palco, él solía pasarse a la platea, para arrobarse en su hermosura, contemplándola desde lejos, como se contempla una estrella». «El Espectador», 15 de agosto de 1929).

Sin duda la muerte de esta bella mujer fué una catástrofe para Silva. Galante, enamorado, soñador y mujeriego, se tornó de pronto, y por breve tiempo, huraño e insociable.

No vino sola esta desgracia. Había heredado el negocio del padre, un comercio de artículos de moda masculina, y no tuvo la suficiente habilidad para hacerlo prosperar. Necesariamente el negocio se vino abajo y el comerciante poeta perdió gran parte de la fortuna familiar y hubo de preocuparse de buscar otros medios de vida más en armonía con sus gustos mundanos y sus afanes de estudioso.

Ingresó a la carrera diplomática y fué enviado a Caracas como secretario de la legación de su país, un año después de haber muerto Elvira.

En Caracas y por esta época le conoció el exquisito Pedro Emilio Coll y nos lo presenta elegante, atildado y rigurosamente vestido de negro, con flores en el ojal de la solapa.

Volvió a ser hombre mundano, ahora acaso por exigencias de su cargo y a llevar vida noctámbula, de placeres y correrías galantes con sus amigos. Se mostraba gustador de buenos vinos y de complicados manjares. Y los excesos de su vida regalona y no bien ordenada provocaron en su organismo los amagos de un precoz artritismo.

Ni los deberes de la carrera ni los placeres le impedían pensar en los negocios y su obsedante preocupación era hallar la manera de hacer fortuna, lo más rápidamente posible, acaso para poderse librar de la esclavitud del puesto.

De esta época hay algunas cartas de Silva, recientemente publicadas, y ellas explican en parte el drama de su vida, algo distante de lo imaginado por mi viejo y buen amigo Blanco Fombona.

En efecto, el 2 de noviembre de 1894, escribe a un confidente suyo quejándose de la «maldita pobreza» y le anuncia que vive apenas con su sueldo y con la diaria preocupación de reducir sus gastos. Le dice, además, que se vió obligado a salir del país porque sus negocios andaban mal, y que no tenía ni la más remota idea de volver a él. Se iría más bien a Buenos Aires donde la vida era tres veces menos cara que en Bogotá. Y luego le exponía el plan algo embrollado de un negocio de compra de monedas en la frontera venezolana y de giros sobre París, y en el cual, según él, podía ganarse sumas fabulosas. Y agrega una frase que muestra su obsesión por los negocios lucrativos: «Primero dejaré de respirar que de pensar cómo se le hace la cacería al dollar».

En estas preocupaciones de hombre moderno y ayanquizado y donde se creería ver atavismos antioqueños, la gran región negociante y emprendedora de Colombia, no aparece, ni por asomo, el aspecto enfermizo y nostálgico del sentimental que vive con el corazón convertido en ánfora de un solo recuerdo, el enamorado ideal y soñador a lo Efraín, huérfano de una gran pasión y que la pluma insuperable de Jorge Isaacs, supo describir con cariño tan grande, con estilo tan delicado que el mismo José Asunción dijo que sólo el autor de María sería capaz de pintar un ser tan delicado y tan bello, física y moralmente, como su hermana Elvira.

Claro que tampoco sería prudente sostener que el recuerdo de Elvira se le había borrado de la memoria; no. El retrato de la hermana era lo primero que sorprendían los visitantes en la alcoba de José Asunción. El recuerdo de la Confidenta, de la Bien Amada, en el

sentido que le da Liévano a la linda frase, vivía siempre en él; pero discreto, apacible silencioso. Ese recuerdo, en los primeros momentos de la desgracia, le ha inspirado sus mejores estrofas; con él ha compuesto su por siempre famoso «Nocturno» lleno de misterio y cuya génesis supo explicar y describir la pluma sabia, impecable y vigorosa del bueno de Sanín Cano, otro amigo y confidente del poeta.

La vida en Caracas le place y vive a sus anchas, en pleno ruido mundano; pero, razones de familia o acaso el mal estado de sus negocios y asuntos, le obligan a viajar a Colombia, haciendo uso de una licencia.

Se embarca en el «Amérique», mas entonces no llega a su destino porque el barco se hunde cerca de las costas de su patria y en el naufragio pierde los manuscritos de la obra que había logrado componer en Caracas.

Iba como pasajero de ese barco otro escritor, el travieso Gómez Carrillo, y los dos hombres no pudieron avenirse. Había entre ellos diferencias fundamentales de temperamento, carácter y acaso manera de concebir la vida y el destino humano.

«Sin pisar la costa bienamada—cuenta Pedro Emilio Coll—, en un velero retornó Silva a Caracas. Pero ya sus ojos no parecían contemplar los mismos horizontes luminosos y hasta en su traje mismo se notaba un como desaire de las apariencias mundanas. Sus barbas descuidadas y su enflaquecido rostro, eran los de un asceta».

A poco vuelve a Bogotá, con licencia. Y es en este punto que se enlazan los elementos del drama en una trabazón lógica que se descubre en otra frase de su carta a su confidente Durán Umaña, pues luego de contarle algo de su vida en Caracas y decirle que vive embargado en labores que le distraen y le evitan el tener que buscar distracciones y placeres baratos que

le dan asco, agrega esta frase: que explica todo el drama:

«No pudiendo vivir en «gran seigneur» vivo sin placeres, con ocupaciones para cuatro y «muy contento» a pesar de la falta de mis viejos, porque «no estoy en Colombia...»

Esta última frase, decisiva, está puesta por José Asunción, con caracteres grandes, firmemente subrayados, como para concentrar en ella toda la atención de su amigo. Y es ella la que explica el resto y abre ancha puerta para esclarecer definitivamente el misterio y la penumbra de esa vida, no tan agitada ni tan romántica como piensan muchos, y ver que lo que ha empujado a la muerte al poeta es el mal estado de sus negocios y sobre todo, la estrechez del ambiente, el cansancio de la vida de ciudad pequeña donde ningún hombre es de veras libre...

Todo se combina y se encadena después de esta frase escrita en Caracas el 2 de noviembre de 1894, fecha que es preciso retener. Y la cadena se eslabona así:

Silva ha nacido en casa rica, y, de joven, viaja por Europa, donde adquiere gustos refinados, siente el amor por las letras y las gimnasias del espíritu, conoce las aventuras sensuales y sentimentales, todo lo que resalta en su novela autobiográfica, «De Sobremesa», de factura bastante convencional y artificiosa... El padre muere en 1887 y José Asunción se hace cargo de los negocios. Es el tiempo de la vida brillante y movida, de los versos trabajados con paciencia, constancia y cariño. Mientras tanto, los negocios se ponen mal. . . El 6 de enero de 1892 muere Elvira y la catástrofe sentimental, completada por la material, le hace concebir el vehemente anhelo de marcharse y buscar una situación diplomática no tanto, acaso, para vivir exclusivamente de ella, como para zafar del ambiente bogotano, huir de él.

Cae bien en Caracas, y de esta vida sabrosa, algo indolente y algo laboriosa ha de arrancarse a poco para acudir a Bogotá a poner en orden sus asuntos embrollados y con la intención de volver cuanto antes a Caracas.

Muchas y graves decepciones le esperaban en Bogotá. Por lo pronto, adquirió la certeza de que ya no le sería posible reasumir su cargo diplomático, porque esos cargos en los más de nuestros países son de circunstancias y sirven para pagar servicios electorales, complacer a los parientes y amigos y sólo se dan a los que saben merecerlos o solicitarlos. No pudiendo, entonces, volver a Caracas, estaba condenado a vivir en la ciudad siempre gris de la sabana, donde...

«La luz vaga... opaco el día,
La llovizna cae y moja
Con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría.
Por el aire tenebroso ignorada mano arroja
Un obscuro velo opaco de letal melancolía,
Y no hay nadie que, en lo íntimo, no se aquiete y se
[recoja
Al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría...

El clima indudablemente es un enemigo mortal para ciertos temperamentos. José Asunción no debió sentirse nunca satisfecho con este de Bogotá, porque la lluvia fina y lenta, la niebla rala, el brillo del empedrado bajo la capa de sutil lodo, todo parece conjurarse para cerrar en las almas la perspectiva risueña de una esperanza o de un consuelo.

«No se puede imaginar cuánto seis u ocho grados de latitud en menos evitan miserias al cuerpo y tristezas al alma—decía Taine al comparar las diferencias de civilización entre Francia e Inglaterra.»

Esta predisposición a la tristeza y a la misantropía por influjo del clima, se exaspera más todavía cuando

se lleva el recuerdo de otros cielos más claros, de otro ambiente moral más propicio al vuelo de la fantasía y de otras costumbres más abiertas a los desbordes del entusiasmo artístico, de la pasión o del sentimiento.

Nada de esto encontraba José Asunción en Santa Fe de Bogotá, que es una ciudad triste, no tanto como ciudad misma, como por su cielo cambiante, muy a menudo, entoldado, y su aire húmedo y malsano.

Triste es en estos tiempos en que calles, plazas y avenidas están bañadas de noche por la alegre luz de la electricidad; pero hace 35 años la iluminación de las ciudades interiores se hacía con bujías y esa luz amarillenta y mortecina daba a las ciudades vacías y silenciosas un aspecto desolado y terrible.

Faltaban entonces, además, tres elementos, tres fuerzas, mejor, que hoy prestan alguna animación, alguna variedad, algún movimiento a la vida de nuestras pequeñas ciudades andinas situadas en la cumbre de mesetas áridas o en el fondo de valles calientes y extensos. Faltaba, en primer lugar, la pasión del deporte colectivo, fenómeno actual en nuestros pueblos. El deporte ocupa las horas muertas, infunde entusiasmo en las gentes de poca imaginación, y hasta les hace concebir ilusiones de grandeza desde las proezas del equipo oriental en Europa, hace años, y hoy no hay villorrio de los Andes, que no tenga sus héroes de la pelota, de la raqueta, del boxeo, héroes elevados a altas categorías y que viven soñando con encuentro famosos y con lluvia de oro... y se mueren o envejecen los más, por no decir, todos, acariciando esta ilusión.

Luego, el radio, cosa grande entre las invenciones del genio humano y que no nace de las arenas de los circos sino de las universidades y de los laboratorios. El radio pone a nuestros montañeses y a nuestros rústicos en contacto íntimo y diario con los sucesos del

mundo, a medida que se van sucediendo y realizando en el vasto escenario de la tierra y aun del cielo.

Y, por fin, y lo más importante y trascendental después del radio, el cinema, la religión moderna que abre nuevos horizontes a la imaginación, la transporta lejos de la realidad del propio medio, le hace vivir algunas horas en un mundo convencional y arbitrario de situaciones humanas reñidas con la realidad cotidiana, prosaica y hasta la vulgaridad, muchas veces ordinaria, y, por lo común, triste, espantosamente triste.

Estas tres cosas, estos tres elementos, animan hoy la vida sedentaria de nuestros pueblos con vértigo inusitado, les dan movimiento, color y relieve. Y todo esto va ayudado poderosamente por la prensa que registra día a día y hasta hora por hora la marcha de los negocios públicos, de los conflictos sociales y de la ascensión misma de la vida, si se quiere, y les da, con la divulgación de sus proezas, a los héroes deportivos y a las estrellas de la pantalla la convicción algo ingenua de que constituyen el eje del mundo y han de vivir siempre en la posteridad por un gesto, una patada o un puñetazo...

Nada de esto había entonces. Y la vida era implacablemente vacía, monótona con ferocidad, terriblemente estancada.

¡Aburrirse!

Aquí está la clave de muchos enigmas; de esta palabra desolada proviene el sarro que a veces inunda las almas.

No sentir interés por nada, porque los medios para emprender faltan; ver que el tiempo pasa y que el tono del ambiente no concuerda con nuestro temperamento. ¡Aburrirse en fin!

Y si al menos el aburrimiento pudiera matar la inteligencia, la voluntad, la sensibilidad y sobre todo, el recuerdo. ¡Pero no! Todo esto se aviva más bien.

Y las cosas pasadas se presentan a los ojos nimbadas con resplandores de oro, infinitamente bella. Y los seres que quisimos y ya no volveremos a encontrar, los amores desvanecidos, las ilusiones abortadas, todo revive en la memoria, idealizado, embellecido, agrandado, purificado...

José Asunción tiene treinta años y ninguna fe en la vida ni la esperanza de ningún éxito, porque sabía que estaba condenado a vivir en la ciudad de las nieblas frías y de los paramitos tediosos, siempre, siempre, siempre... ¡Oh, Dios mío! ¡Y cómo parece largo el tiempo, y las horas se hacen interminables! ... ¡Y no poder irse, cambiar de cielo ver otras cosas...!

Querer y no poder; sentir la necesidad y también la impotencia de realizar un deseo, es cosa corriente en la mayoría de las gentes ordinarias, fáciles al consuelo y a la resignación; pero resulta trágica para el sentimental y el artista de imaginación tumultuosa, de aspiraciones nuevas y elevadas...

Y es entonces que en José Asunción se avivan los recuerdos de su muerte y ve cerrado por todos lados el horizonte de su vida; entonces que siente el miedo indominable, el santo espanto, el aburrimiento sin nombre de la pequeña capital donde las gentes curiosas, impertinentes, afanosas en el mal y torcido pensar, vivían pendientes unas de otras, desnudándose moralmente y comentando las deformidades del espíritu...

El monólogo shakesperiano: «dormir, soñar, tal vez, morir... dormir y luego... nada»... se lo repite, ahora para sí, como una obsesión y delectablemente y piensa en el suicidio, que ve como una verdadera liberación y lo único que le preocupa y le hace temer es el miedo de errar, de no acertar y acaso, de mutilarse inútilmente...

Y un día de gala en otoño, un domingo de luz indecisa, quizás, el 23 de mayo de 1896, al despertar

adolorido y desabrido por la noche de agitación que había pasado, recibiendo a sus amigos en casa, probó acaso fortalecerse consultando, una vez más todavía, a ese gran señor del espíritu, maestro insuperable de sabiduría, templanza y desprendimiento de cosas terrenas: don Miguel de Montaigne, y, al querer releer ese capítulo XIII del Libro Segundo en que se habla de la «muerte ajena», sus ojos hastiados tropezaron con estas líneas:

«El emperador Adriano ordenó a su médico que le marcara en una tetilla el lugar preciso en que había de herirse para que la persona que le matara supiera donde había de señalar» . . .

Fué un rayo de luz y no vaciló ya más. Se vistió y acicaló, y, con paso indolente, pero decidido se fué a donde un médico amigo, el doctor Manrique, y despojándose de sus prendas se puso a hablarle de unos dolores fingidos que decía sentir en el pecho y que él no podía localizar y se le imaginaba fuesen en el mismo corazón. Le pidió le dibujase sobre la epidermis el sitio exacto que ocupaba la víscera, como el otro, el emperador de Roma. Hízolo así Manrique asegurándole que no tenía nada y Silva pareció hallarse tranquilizado.

—Muy bien. Acaba usted de hacerme un inmenso favor.—dijo simplemente.

Lo era, en efecto. Porque eso de adoptar una resolución de este calibre y verla frustrarse o malograrse por un detalle, era un perfecto absurdo.

Volvió a su casa, tarde, se vistió de frac, cogió su viejo revólver y envolviéndolo en la sábana para amortiguar el ruido, se tendió en la cama, apuntó en el sitio marcado y disparó . . .